

Chonos

Entre Chiloé y la gran Península de Taitao se desgranaban en el Océano Pacífico un sinnúmero de islas separadas por laberínticos canales: el Archipiélago de los Chonos o Guaytecas. Ya su denominación indica la primitiva presencia del hombre. *Chonos* es el nombre de un antiguo pueblo de diestros canoeros recolectores de mariscos, pescadores y cazadores. Su área de dispersión abarcó aproximadamente unos 45.000 kilómetros cuadrados, aunque por los rasgos económicos de su cultura no pueda hablarse de una ocupación sino más bien de tránsito marítimo y de un reducido aprovechamiento periférico insular.

Lluvias frecuentes, cielos nubosos casi todo el año, momentos de intenso sol que colorean brevemente el paisaje. Fuertes vientos seguidos de calmas completas. Bosques siempre verdes. Paraíso de los más diversos mariscos: choros enormes, cholgas, erizos, bancos de picorocos y centollas. La vida piscícola es abundante en sierras, róbalos y muchas otras especies. Las tuninas (*Cephalorhynchus*) pululan acompañando a las embarcaciones. Miles de aves marinas pueblan y anidan en acantilados e islotes, cerca de las manadas de lobos marinos.

Allí vivieron los *chonos*. Reducida estatura, fornidos, piel clara, pelo negro muy abundante y enmarañado, ojos oscuros y oblicuos. Lengua diferente tanto a la del pueblo *huilliche* de Chiloé como a la de las tribus *kaweshkar*.

En sus rastreos de alimento, la familia desembarcaba en algún ancón. Allí construía, en la margen del bosque, sobre el montón de conchas de anteriores ocupaciones, la pequeña vivienda cupuliforme. Varas clavadas en el suelo, unas junto a otras, curvadas y cubiertas de ramas, helechos, champas y probablemente cueros de foca, con una pequeña abertura a modo de entrada, orientada en sentido contrario al viento dominante. El fogón, constantemente alimentado con leña de los bosques circundantes, en el centro de la vivienda, mantenía a toda hora el ambiente calefaccionado. Los mayores debían desplazarse agazapados, pues la altura del refugio no superaba el metro, y la superficie total no era mayor a cuatro metros cuadrados. Allí el hombre descansaba de sus largas jornadas de cacería, confeccionaba utensilios y preparaba alimentos, mientras afuera las mujeres afrontaban las duras faenas de recolección de moluscos, buceando en las márgenes del canal.

Los diversos utensilios, modestos y escasos, confeccionados a base de madera, huesos, piedras y conchas, se guardaban en cualquier hueco.

Ni la lluvia ni el viento ni el fuerte oleaje impedían las labores diarias. Sólo algunos individuos practicaban rudimentos agrícolas en pequeños sembrados de papa, cultura presumiblemente obtenida del contacto con los *huilliche*.

Fiel e inseparable compañera en los descansos, travesías y búsquedas, era una raza de perros lanudos, "grandes" según el Padre Torres, misionero jesuita en la colonia. Los trasquilaban en primavera. De su lana confeccionaban pequeñas mantas. Sin embargo, la mayoría de las vestimentas de los *chonos* se reducían a trozos de cuero de lobo, similares a las capas usadas por *kaweshkar* y *yámana*. En algu-

nos casos reemplazaban los cueros por la corteza fibrosa de un vegetal que llamaban *quantu*, macerada a golpes de piedra "hasta que quedaba suave y dúctil" (Latcham). Los niños andaban completamente desnudos. *

En caso de un nuevo viaje, las casitas se desarmaban con facilidad y se transportaban en la canoa. Esta, según los testimonios de Cortés Ojea, constaba "de tres tablas". Por su parte Juan Ladrillero escribió: "andan en cáscaras de cipreses y de otros árboles". Sin duda su confección y estructura semejaba a la de los *anan* de los *yámana* y al *hallef* de los *kaweshkar*.

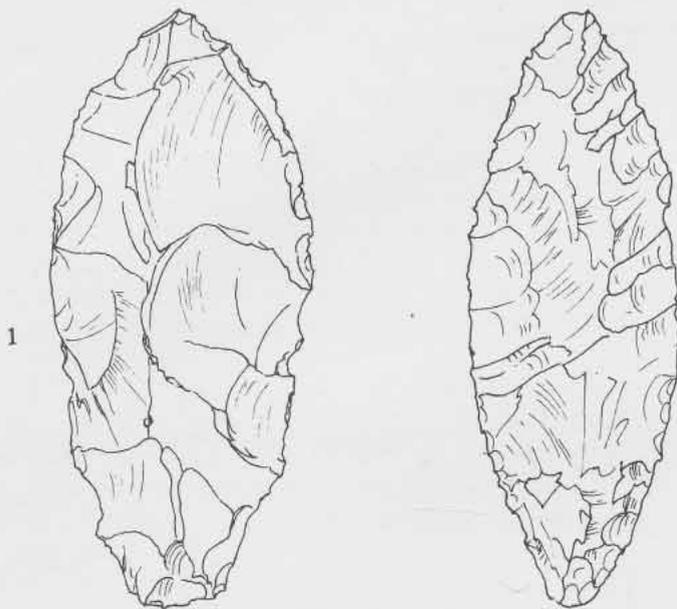
Practicaban un constante, natural y alegre nomadismo navegante, identificado con la vida misma no como un sacrificio, sino como costumbre. El ser humano, adaptado a cuantas circunstancias climáticas y topográficas se dan en el ancho mundo, se había avenido maravillosamente a esta geografía desarrollando las técnicas que le fueran necesarias para su equilibrado dominio.

Sus principales armas o útiles consistían en dardos, arpones, flechas, cuchillos y hachas de piedra. Destacaba un tipo de arpón de punta de hueso. Medía unos treinta centímetros de largo, agudo, la sección en forma de óvalo con unas seis incisiones a modo de sierra en uno de sus filos. Lanzado con extraordinaria fuerza y precisión, penetraba profundamente ayudado por el peso de varios kilos del mango.

Los *chonos* cazaban constantemente lobos marinos (*Arctocephalus australis* y *Otaria flavescens*). Colonias numerosas existen aún hoy en esas latitudes. Les proporcionaban abundante aceite. La cacería de estos mamíferos constituía un despliegue de astucia y riesgo. El hombre extremaba su destreza. Se aproximaba por el mar. A cierta distancia se echa al agua nadando al ras, lentamente, hacia las rocas donde retoza la manada. La mujer mantiene la canoa a la distancia. Los perros nadan junto al cazador. Este lleva el dardo en una mano. Elegida la pieza, emergiendo bruscamente, lanza el arpón y azuza a los perros, quienes, amaestrados para la ocasión, impiden la fuga de la bestia herida. El *chono* la remata con la ayuda de un garrote o de peñascos.

El tocino de foca se derrite sobre el fogón y el aceite que escurre se recoge en bolsas de cuero. Escribía el Padre Torres: "De ordinario beben aceite de lobo por la mucha abundancia que hay de ellos y mucha falta de agua dulce". Este líquido constituirá pues, parte importante de la dieta diaria y servirá para frotar la piel de niños y adultos en caso de mucho frío. Aprovechase a la vez como base para la preparación de pinturas con que ornamentan su cuerpo. La comida se complementa o se varía con huevos en la época de nidificación, con pichones y aves adultas, centollas, pescado (en especial róbalo, obtenidos con anzuelos de madera o redes de hilado de corteza de *quantu*) y, por fin, mariscos, principalmente cholgas crudas o asadas en el fogón. Según el Padre Rosales, de corteza de árbol hacían "ollas para cocer el pescado y marisco. . . y el modo es calentando muchas piedras al fuego y echándolas en la olla hasta que hierva el agua y se cuece el pescado".

El Padre Torres escribió: "Son más de mil islas, casi todas pobladas de tres o cuatro personas cada una. . ." Esta afirmación, exagerada en cuanto al número de islas, tal vez refuerce la idea de cierto sedentarismo. Otras incógnitas más, imposibles de despejar: ¿Cómo se relacionaban entre ellos? ¿Qué costumbres en cuanto al matrimonio, parentesco, educación, tradiciones, creencias, conocimientos de la naturaleza y de la vida tenían estos primitivos aborígenes? ¿Qué manifestaciones artísticas, deportivas, religiosas? ¿Qué influencias recibieron o transmitieron a los *huilliche* de más al norte, a los *kaweshkar* del sur y a los habitantes del Este, los aún más desconocidos *pyoyas* y *cauchues*? ¿Qué diferentes pueblos canoeros vivieron a través de los años en esas islas? ¿Cómo se llamaban realmente?



1 Puntas de flecha de piedra (tamaño natural). Hallados en conchales del Archipiélago de los Chonos.
 2 Hacha de piedra (tamaño natural). Hallada al norte del Archipiélago de los Chonos.
 3 Cuchillo de piedra (tamaño natural). Archipiélago de los Chonos.

Nalcayec, Chalacayec, Tangbac, Tuap, Lencayec son algunos nombres primitivos que perduran en sus islas solitarias, donde enormes conchales esperan todavía la visita de los arqueólogos.

Al centro del Archipiélago, en una maravillosa isla, está escrito por Dios en un solo rasgo el cúmulo de preguntas sin respuesta, simbolizando nuestra ignorancia y la incógnita histórica de tantos niños, mujeres y hombres. Su antiguo nombre es *Tahuenahuec*. Larga y torturada, tiene la forma de un signo de interrogación colocado en el mar. Continúa azotada por el fuerte oleaje de los canales Kin, Chappers, Simpson y Baeza. Allí permanecerá recordándonos siempre el sino de los *chonos*.

Parece que en tiempos históricos fueron atacados por los chilotes y tal vez esclavizados en gran número por los navegantes europeos de los siglos diecisiete y dieciocho. Hasta que llegaron los misioneros. Imposible evangelizarlos empleando tanto tiempo en grupos reducidos y con resultados tan inciertos, ya que año a año debería el sacerdote recomenzar casi de cero. Se concibió entonces un plan audaz que, mirado ahora, constituyó una torpeza. En el segundo cuarto del siglo XVIII se los trasladó a Chiloé, a la isla *Chaulinec*; nombre *chono* que presumiblemente se origina en ese entonces. ¿Nostalgia, enfermedades, derrota? Los *chonos* se diezmaron aceleradamente. Por otra parte, el choque cultural resultó tan desmesurado que en poco tiempo se agotaron las reservas ancestrales y ya los descendientes, sin vestigios propios, sin cohesión, no encontraron incentivos para volver a sus islas. Hoy en Repollal, cerca de *Melinka*, algunos de los actuales vivientes tal vez tengan algo de la sangre autóctona.

Recordemos con emoción al único *chono* individualizado que perdurará como hito de aquella raza desaparecida. Se llamaba *Co*. Lo bautizaron con el nombre de Pedro. "Tiene algunos sembrados de papa..." escribió el Padre Torres.

Co, hermano nuestro, tal vez como hombre responsable y humilde, en tu afable mansedumbre no derramaste una lágrima ante la tragedia de tu raza. Sé depositario ante el buen Dios de nuestro arrepentimiento; del tardío pero sincero dolor de los "civilizados" por la aniquilación infligida despiadadamente a los aborígenes australes de América, y recibe en ti este pequeño homenaje a ellos y, en especial, a tu pueblo extinguido.

